

Los esenciales: FORTUNATA Y JACINTA DOS HISTORIAS DE CASADAS

Esta obra –que se publica por primera vez en cuatro tomos sucesivos de enero, mayo y diciembre de 1896 y junio de 1897– cuenta la historia de dos mujeres muy distintas (Fortunata, espontánea, inculta, apasionada, enérgica, de clase baja; Jacinta, educada, refinada, delicada, angelical, elegante, de clase alta) unidas por el amor de un hombre, Juan Santa Cruz, pero cada una sufre su propio “dolor”: Fortunata, la imposibilidad de que su amor sea aceptado por las diferencias sociales; Jacinta, por no poder tener hijos y saber de las infidelidades de su marido.

Cuando Benito Pérez Galdós escribió *Fortunata y Jacinta. Dos historias de casadas*, se había consolidado ya como el máximo exponente de la novela realista hispánica. Lejos quedaban ya las pretensiones familiares de que estudiase Leyes en Madrid o sus incursiones en la prensa como cronista de espectáculos musicales o de la vida social matritense. Y, sin embargo, estas referencias autobiográficas y sus experiencias como observador minucioso de la realidad se dejan traslucir desde el comienzo de la novela.

El escritor, en sus *Memorias*, afirma que el personaje de *Fortunata y Jacinta* Plácido Estupiñá es un personaje tomado “del natural”, basado en el comerciante José Luengo, con quien conversaba largas horas en su puesto de la plaza Mayor. Sin embargo, Estupiñá se torna un *alter ego* del autor, un testigo del ir y venir de las clases populares en los mercados, las calles y las plazas; un escribano de las costumbres de las clases medias emergentes que se incorporan a la oligarquía dominante de la aristocracia y el clero. Este deambular sin rumbo le permite constatar los cambios de trazado de las calles, inventariar la construcción de las nuevas casas señoriales y las avenidas en los solares vacíos tras los procesos de desamortización de Mendizábal, Es-

partero y Madoz y el afán secularizador de los liberales.

El nuevo convento de las Micaelas, donde Fortunata intentará redimirse de las licencias tomadas frente al orden moral y social imperante; la casa de huérfanos edificada gracias a los esfuerzos mendicantes de Guillermina Pacheco o la nueva casa de Moreno Isla se construyen en esta segunda mitad del siglo XIX transformando el espacio urbano. Son también elocuentes ejemplos de esta transformación urbanística el desarrollo del barrio de Salamanca o la demolición de la torre de la iglesia de Santa Cruz que tendrá su correspondencia con la evolución de los personajes y el devenir de los sucesos históricos.

La preeminencia que tiene el espacio en la obra narrativa del escritor muestra la interdependencia entre los sucesos que allí acontecen y la edificación de la personalidad de los personajes, y evidencia que las funciones del espacio en la trama narrativa van mucho más allá de un mero soporte o decorado. La urbe como resultado de la capacidad industrial del hombre, de su suficiencia para destruir o transformar el medio, de sus desigualdades y miserias sociales, del fracaso moral que transforma en bienes de consumo a los niños como Pitúsín o que espolea a personajes depauperados como José Izquierdo y José Ido a engañar para sobrevivir. Juanito Santa Cruz es el representante de la burguesía comercial que se asimila a los cánones de la aristocracia de sangre que actúa como rentista y no precisa trabajar para vivir. Su moralidad es duramente cuestionada, pues si personajes como Fortunata, Mauricia la Dura o José Ido del Sagrario carecen de educación y sus acciones son fruto del determinismo social, *el Delfín*, como es llamado irónicamente por el escritor, encarna la pérdida de valores y el escepticismo del autor con respecto a la burguesía como motor de cambio.

El narrador en primera persona del comienzo de la trama presenta la acción indisolublemente unida al espacio y el tiempo, trama que se podría estructurar en función de estos lugares y de cómo se van sucediendo las acciones temporales diacrónicamente: en un primer momento, la descripción de la Universidad de Madrid y de sitios emblemáticos de la ciudad como la Puerta del Sol o las calles aledañas al Teatro Real para describir los sucesos de la noche de San Daniel de 1865; las tertulias en la casa de los Santa Cruz en la plaza de los Pontejos para mostrar la incertidumbre política y social de

la Restauración; la librería de Bailly-Bailleriè y el viaje a París como paradigma de las transformaciones científicas y artísticas y que sirven a Juanito Santa Cruz para completar su formación intelectual; la Cava Baja y el Arco de Cuchilleros como calles de comercio y el lugar donde se ubica la casa de Fortunata como símbolo de las clases populares; los cafés El Suizo o El Universal como emplazamientos para el intercambio cultural y político. Hay una “polifonía espacial”, pues cada personaje está representado por un espacio y este tiene un valor ideológico. La ciudad es un personaje más de la historia y es causa de desigualdades, cruel y despiadada para con los suyos, especialmente para con los habitantes de los barrios populares y de la periferia. Es también el lugar de las algaradas populares, los espacios públicos como ágora ciudadana, como la concentración en señal de protesta la noche de San Daniel, la zona de amotinamiento de los militares en el derrocamiento del general Pavía antes de entrar al Congreso, los mercados y puestos de venta ambulante o el sitio de esparcimiento donde interpretan la música de los domingos y cuyos ecos llegan a las Josefinas por encima de las tapias de las Micaelas.

La primera parte de la historia de *Fortunata y Jacinta. Dos historias de casadas* está conformada por XI capítulos con los siguientes títulos: “Juanito Santa Cruz”, “Santa Cruz y Arnaiz. Vistazo histórico sobre el comercio matritense”, “Estupiñá”, “Perdición y salvamento del Delfín”, “Viaje de novios”, “Más y más pormenores referentes a esta ilustre familia”, “Guillermina, virgen y fundadora”, “Escenas de la vida íntima”, “Una visita al cuarto estado”, “Más escenas de la vida íntima” y “Final, que viene a ser el principio”.

Juanito Santa Cruz, el Delfín, es el hijo único de don Baldomero y doña Barbarita, una familia perteneciente a la alta burguesía madrileña. Para su descripción, el narrador adopta una focalización cero que va completando con las palabras del propio personaje o las de otras personas para esgrimir una caracterización compleja de uno de los protagonistas del relato. Galdós utiliza a Juanito Santa Cruz como un personaje simbólico, pues encarna los valores y cualidades propias de la alta burguesía matritense, y que inserta en su mundo ficcional para enfrentarlo a personajes populares como la bella Fortunata:

“Tenía Juanito entonces veinticuatro años. Le conocí un día en casa de Federico Cimarra en un almuerzo que éste dio a sus amigos. Se me ha olvidado la fecha exacta; pero debió de ser ésta hacia el 69, porque recuerdo que se habló mucho de Figuerola, de la capitación y del derribo de la torre de la iglesia de Santa Cruz. Era el hijo de don Baldomero muy bien parecido y además muy simpático, de esos hombres que se recomiendan con su figura antes de cautivar con su trato, de éstos que en una hora de conversación ganan más amigos que otros repartiendo favores positivos. Por lo bien que decía las cosas y la gracia de sus juicios, aparentaba saber más de lo que sabía, y en su boca las paradojas eran más bonitas que las verdades. Vestía con elegancia y tenía tan buena educación que se le perdonaba fácilmente el hablar demasiado. Su instrucción y su ingenio agudísimo le hacían descollar sobre todos los demás mozos de la partida, y aunque a primera vista tenía cierta semejanza con Joaquinito Pez, tratándoles se echaban de ver entre ambos profundas diferencias, pues el chico de Pez, por su ligereza de carácter, y la galantería de entendimiento, era un verdadero botarate”.

Baste este fragmento para observar que Galdós caracteriza al protagonista como un joven bien parecido, muy atractivo y con gran poder de seducción, que emplea su discurso retórico para persuadir. La moralidad de Santa Cruz no se ve cuestionada de súbito, pues el autor todavía escamotea algunos rasgos o sucesos para ir desarrollando la trama.

Es reseñable también cómo el autor se sirve de la fecha (“debió de ser ésta hacia el 69”) para entretrejer los sucesos íntimos de los personajes con los hechos históricos, una constante en su novela.

En el capítulo II, “Santa Cruz y Arnaiz. Vistazo histórico sobre el comercio matritense”, vemos no solo cómo se va forjando el ascenso social de los Santa Cruz y la familia de Barbarita Arnaiz gracias al comercio, sino también cómo eran los adelantos técnicos de la época y el tránsito a la urbe moderna al compás de los rutilantes inventos, lo que también permite al autor mostrar las transformaciones sociales acaecidas en el siglo XIX, donde la burguesía sigue un camino ascendente a la par que la aristocracia de sangre va perdiendo paulatinamente su poder económico y su relevancia pública.



La biblioteca del Ateneo Científico, Literario y Artístico, un gran descubrimiento para Galdós (dibujo de M. Alcázar).

Jacinta, la otra mujer que da título a la obra, es la sobrina de Barbarita Arnaiz, hija de su hermano Gumersindo, comerciante de telas. Contraerá matrimonio con Juanito Santa Cruz en 1871 y representa los valores tradicionales y el rol que se esperaba de la mujer como “ángel del hogar”:

“Porque Jacinta era una chica de prendas excelentes, modernita, delicada, cariñosa y además muy bonita. Sus lindos ojos estaban ya declarando la sazón de su alma o el punto en que tocan a enamorarse y enamorar. Barbarita quería mucho a todas sus sobrinas, pero a Jacinta la adoraba; tenía casi siempre consigo y derramaba sobre ella mil atenciones y miramientos, sin que nadie, ni aun la propia madre de Jacinta, pudieran sospechar que la criaba como nuera”.

Pese a que las historias de Fortunata y de Jacinta se presentan de manera diferenciada y autónoma al principio de la novela como dos líneas paralelas, el discurrir de la acción hará que sus vidas se crucen. Mantienen desde el principio una tensión dialéctica, aun cuando una de las dos mujeres permanece ausente en la trama, pues su vida se ve afectada por la otra. Desde estas posturas enfrentadas transitan hasta que, en el desenlace, logran comprenderse, forjando un vínculo o solidaridad femenina que no se acaba con la muerte de Fortunata.

Mucho se ha hablado de la importancia que tiene Madrid en la producción galdosiana, algo de lo que cualquier análisis crítico no puede sustraerse. En el capítulo V, sin embargo, “Viaje de novios”, hay un recorrido por distintas ciudades y localidades españolas que sirve para desentrañar el estado de las comunicaciones o verter una panorámica sobre estos lugares: “Aquella misma tarde, después de mirar la puerta del Carmen y los elocuentes muros de Santa Engracia, que vieron lo que nadie volverá a ver, paseaban por las arboledas de Torrero”.

Pese a la sucinta descripción, el patrimonio y el paisaje urbano caracterizan la Zaragoza del siglo XIX y actúan como testigos mudos de la historia. Santa Engracia era un monasterio jerónimo cuyo claustro, dependencias monásticas e iglesia fueron destruidas durante los Sitios de Zaragoza en la primera década del siglo XIX. En otros pasajes del capítulo se hace referencia a la “heroica” ciudad por la estoica resistencia de los zaragozanos ante las embestidas de las tropas francesas. Por su parte, las arboledas de Torrero

eran las alamedas que comunicaban el centro de la urbe con el cementerio de Torrero, cuya construcción comenzó en 1832 tras la epidemia de cólera asiática que azotaba España, ya que debían enterrar a las numerosas víctimas lejos de las parroquias y en lugares ventilados como el alto de Torrero.

En los capítulos de la primera parte “Perdición y salvamento del Delfín” (cap. IV) y “Viaje de novios” (cap. V), Juanito Santa Cruz va narrando a Jacinta su encuentro con Fortunata y el período de tiempo en que mantuvieron una relación. Es en este V capítulo, en el “Viaje de novios”, donde – entre las palabras esquivas de Juanito Santa Cruz, que va escamoteándole la información a su mujer– se cuele, por primera vez, la aparición de Fortunata:

“Pues bueno, allá voy... Como te iba diciendo, conocí a una mujer... cosas de muchachos. Pero déjame que empiece por el principio. Érase una vez... un caballero anciano muy parecido a una cotorra llamado Estupiniá, el cual cayó enfermo y... cosa natural, sus amigos fueron a verle... y uno de estos amigos, al subir la escalera de piedra, encontró una muchacha que se estaba comiendo un huevo crudo... ¿Qué tal?...”.

Juanito Santa Cruz a través de lo que va contando en forma dialogada regula la información y textualiza los sucesos equiparando su historia a un cuento tradicional. El protagonista narrador, quien ha vivido los acontecimientos en primera persona, pero se narra a sí mismo en tercera, se interpone así entre los sucesos y Jacinta, su interlocutora, que, como una niña, ansía expectante el final feliz del cuento. Esta organización obedece a la necesidad de Juanito Santa Cruz de hacer prevalecer su figura de héroe más que a la cantidad de información dada. El tiempo de la enunciación se asimila a los relatos autobiográficos que cuentan hechos pasados desde el lecho de muerte o, al menos, desde una gran distancia temporal, objetivo que pretende Santa Cruz para mostrar que esos episodios forman parte del pasado.

No podemos sino maravillarnos del genio creador de Galdós que logra, en una pocas frases, con un lenguaje sencillo y una estructura propia del fluir de la conciencia, construir la historia premeditada de un hombre acostumbrado a seducir, aunque la verdad, como dice el propio autor, quede comprometida.



El polisón se puso de moda entre las damas de la burguesía y fue objeto de mofa de Galdós: “Señá Mariana, ¿ha visto que hemos traído el sofá en la rabadilla? Ja, Ja, Ja!”

No estaría completo el estudio de esta primera parte si no dedicáramos un breve comentario a la relevancia del capítulo VII, “Guillermina, virgen y fundadora”, y el capítulo IX, “Una visita al Cuarto Estado”. Guillermina Pacheco es uno de los múltiples personajes que configuran el mundo galdosiano que están sacados “del natural”. Ernestina Manuel de Villena era una dama de la alta sociedad del siglo XIX que decidió destinar su vida a obrar por los más desfavorecidos renunciando a muchos de sus privilegios y servirse de otros, como sus contactos, para obtener benefactores que sufragaran la casa que destinó a albergar a niños huérfanos.

“La visita al Cuarto Estado” es la constatación de la miseria de una buena

parte de la población española de la época. En el Antiguo Régimen, los tres estamentos sociales estaban claramente establecidos: la nobleza, el clero y el pueblo llano. Por debajo de este tercer estado estaba el cuarto, más paupérrimo aún que el anterior. Estos parias vivían en corralas de Madrid sin acceso a las mínimas condiciones de salubridad, donde a la indigencia material se sumaba la falta de instrucción y, en ocasiones, la pobreza moral. El realismo de Galdós, pese a sus aproximaciones naturalistas, no llega a sustraer a los personajes su libre albedrío y muestra conmiseración con la dureza de las circunstancias de los personajes que transitan de la miseria al pillaje o a la degradación moral por la falta de oportunidades.

La segunda parte de la novela, la sección que para el autor revestía mayor calidad literaria que la anterior, está formada por siete capítulos: “Maximiliano Rubín”, “Afanos y contratiempos de un redentor”, “Doña Lupe la de los Pavos”, “Nicolás y Juan Pablo Rubín propónense nuevas artes y medios de redención”, “Las Micaelas por fuera”, “Las Micaelas por dentro” y “La boda y la luna de miel”.

Maximiliano Rubín será otro de los personajes cervantinos del autor, puesto que perderá la razón a medida que progresa la novela, pero nunca habrá de estar más cuerdo como cuando los demás lo califican como un loco, a semejanza del hidalgo don Quijote. Maximiliano se caracteriza, en palabras del narrador en tercera persona:

“Era tan endeble que la mayor parte del año estaba enfermo, y su entendimiento no veía nunca claro en los senos de la ciencia, ni se apoderaba de una idea sino después de echarle muchas lazadas como si la amarrara. Usaba de su escasa memoria como de un ave de cetrería para cazar las ideas; pero el halcón se le marchaba a lo mejor, dejándole la boca abierta y mirando al cielo.”

Vivía con su tía, doña Lupe la de los Pavos, que había logrado ahorrar un buen capital gracias a las labores de préstamo y usura. Al inicio del capítulo I de la segunda parte, el autor presenta a la familia Rubín y alude a sus orígenes judíos, describiendo los soportales de Platerías donde se ubicaban los comercios del antiqúisimo mercado medieval y sus calles alledañas gremiales.

Como don Quijote, Maximiliano querrá “desfacer agravios y enderezar entuertos” y redimir a Fortunata de su vida poco virtuosa para los cánones

morales y sociales de la época. Esto solo podrá ser posible si, como María Magdalena, Fortunata se arrepiente de sus pecados tras pasar por la institución de las Micaelas para después unirse en matrimonio con el menor de los Rubín.

En esta segunda parte aparecen algunos personajes secundarios que, pese a su escasa relevancia, aportan verosimilitud al relato y sirven para desvelar el contexto histórico de la obra. Uno de estos personajes de carácter secundario es Mauricia la Dura, quien experimenta episodios de *delirium tremens* con alucinaciones y que, pese a la miseria, su vida disoluta o su alcoholismo, es depositaria de una sabiduría propia de quien ha vivido muchas penurias, pero que no renuncia a la bondad:

“Los hombres son muy caprichosos –dijo en tono de filosofía Mauricia la Dura–, y, cuando la tienen a una a su disposición, no le hacen más caso que a un trasto viejo; pero si una habla con otro, ya el de antes quiere arrimarse, por el aquel de la golosina que otro se lleva. Pues digo... si una se pone a ser verbigracia honrada, los muy peines no pasan por eso, y si una se mete mucho a rezar y a confesar y comulgar, se les encienden más a ellos las querencias, y se pirran por nosotras desde que nos convertimos por lo eclesiástico...”.

Es aspecto digno de mención la defensa que de la mujer hace Galdós, especialmente aquella que se ha visto privada de oportunidades y una educación, y a la que considera legítima dueña de su vida frente a las pretensiones de control social, y la censura de la doble moral e hipocresía de las clases más privilegiadas, que se divierten a costa de la miseria de las clases populares.

La tercera y cuarta parte de la novela, conformadas por siete y seis capítulos respectivamente, tienen, ya desde los títulos, un carácter diferenciado. Si en las dos primeras secciones de la novela los títulos aludían especialmente a los personajes principales que van incorporándose a la trama, en estas últimas son todos ellos alusivos a situaciones o momentos historiográficos: “Costumbres turcas”, “La restauración vencedora”, “La revolución vencida”, “Un curso de filosofía práctica”, “Otra restauración”, “Naturalismo espiritual” y “La idea... la pícara idea...”; “En la calle del Ave María”, “Insomnio”, “Disolución”, “Vida nueva”, “La razón de la sinrazón” y “Final”.

Las costumbres turcas a las que hace alusión el primer capítulo de la ter-

cera parte son las reuniones en los cafés que tanto gustan en la España del siglo XIX. Se habla de los lances políticos de la restauración monárquica o las luchas de los carlistas como Juan Pablo Rubín por defender su concepción de “Dios, Patria y Rey” frente a los requerimientos de los liberales, que exigen profundas reformas. Don Evaristo González Feijoo era también un asiduo a los cafés:

“Era hombre de edad, solterón, y vivía desahogadamente de sus rentas y de su retiro de coronel del ejército. A poco de la guerra de África, abandonó el servicio activo. Era el único individuo de la tertulia que no tenía trampas ni apuros de dinero. Su existencia plácida y ordenada reflejábanse en su persona pulcra, robusta y simpática. Su facha denunciaba su profesión militar y su natural hidalgo; tenía bigote blanco y marcial arrogancia, continente reposado, ojos vivos, sonrisa picaresca y bondadosa; vestía con mucho esmero y limpieza, y su palabra era sumamente instructiva, porque había viajado y servido en Cuba y en Filipinas; había tenido muchas aventuras y visto muchas y muy extrañas cosas. No se alteraba cuando oía expresar las ideas más exageradas y disolventes. Lo mismo al partidario de la Inquisición que al petrolero más rabioso, les escuchaba Feijoo con frialdad benévola. Era indulgente con los entusiasmos, sin duda porque él también los había *padecido*. Cuando alguno se expresaba ante él con fe y calor, oíale con la paciencia compasiva con que se oye a los locos. También él había sido loco; pero ya había recobrado la razón, y la razón en política era, según él, la ausencia completa de fe”.

Es el personaje de Feijoo el verdadero *alter ego* del escritor en *Fortunata y Jacinta*. En la novela, Feijoo, en una conversación con Juan Pablo Rubín, afirma lo siguiente:

“Yo –decía Feijoo– soy progresista desengañado, y usted, tradicionalista arrepentido. Tenemos algo de común: el creer que todo esto es una comedia y que sólo se trata de saber a quién le toca mamar y a quién no”.

La trabazón entre historia y personajes es tal que en algunos pasajes de la novela experimentan los mismos altibajos, idénticas fluctuaciones y perio-

dos de estabilidad.

“El Delfín había entrado, desde los últimos días del 74, en aquel periodo sedante que seguía infaliblemente a sus desvaríos. En realidad, no era aquello virtud, sino cansancio del pecado; no era el sentimiento puro y regular del orden, sino el hastío de la revolución. Verificábase en él lo que don Baldomero había dicho del país; que padecía fiebres alternativas de libertad y de paz. A los dos meses de una de las más graves distracciones de su vida, su mujer empezaba a gustarle lo mismo que si fuera la mujer de otro”.

“La revolución vencida” (cap. III) no estribaba únicamente en el restablecimiento de la monarquía borbónica en la figura de Alfonso XII tras el pronunciamiento de Martínez Campos, sino también en el deseo de Juanito Santa Cruz de alejarse de Fortunata, hastiado ya de sus aventuras extramaritales.

La “Otra restauración” (cap. V) obedecía a los intentos de don Evaristo de que Fortunata volviera a casa de su marido, Maximiliano Rubín, después de que lo hubiera abandonado.

Maximiliano, tras perder la razón y recuperar la cordura, se convierte en el Ángel Anunciador de Fortunata al final de la novela. No es una buena nueva lo que ha de anunciarle, sino cómo Juanito Santa Cruz ha comenzado una relación con otra mujer, lo que desencadenará el final de la historia.

El *theatrum mundi* clásico, el gran teatro del mundo de Calderón, tiene su réplica en la obra de Galdós. Cuando el menor de los Rubín se entera de la muerte de Fortunata mantiene un diálogo con Segismundo, un personaje homónimo al protagonista de la obra calderoniana. El monólogo final de Segismundo en *La vida es sueño* evidencia la controversia filosófica entre el libre albedrío y la predestinación, el *fatum* frente al arbitrio y la libertad de obrar. Frente al “determinismo ambiental” de Zola por el cual el medio ambiente influye de manera determinante en el ser humano, Galdós exhibe una honda comprensión de las circunstancias humanas y, pese a su desencanto con la realidad histórica y política de su tiempo, en su prosa, como en su vida, hay una esperanza luminosa en la educación, la razón y el amor como antídoto frente a los males sociales y la vida íntima de la gente (López Mondéjar).